

CAPÍTULO LXV. *Vidas del apostólico varón y primer obispo de Yucatán, don fray Francisco de Toral, y de otros ilustres varones de esta provincia del Santo Evangelio*



ON FRAY FRANCISCO DE TORAL, PRIMER obispo de Yucatán, fue natural de Ubeda, y en su tierna edad se abrazó con el yugo del Señor, recibiendo el hábito de religión de nuestro glorioso padre San Francisco, en la provincia de Andalucía. Con celo de la salvación de las almas vino a esta del Santo Evangelio, donde vivió con mucho ejemplo y observancia de su regla. Fue el primero que aprendió la lengua popoloca, dificultosísima de aprender, y la enseñó a otros frailes, y la puso en arte y método para más facilitarla. Aprendió también la mexicana y trabajó en ambas lenguas fidelísimamente en la provincia y comarca de Tecamachalco. Bautizó allí gran número de popolocas y mexicanos, y plantó en ellos la doctrina y fe cristiana, y púsolos en policía lo mejor que pudo; por lo cual en aquella provincia le tuvieron y tienen por primer apóstol de aquella nación popoloca; y así lo nombran y tienen pintada su figura e imagen, en el convento de Tecamachalco, en memoria de lo mucho que con ellos trabajó. Fue electo en custodia de esta provincia del Santo Evangelio para el capítulo general que se celebró en Salamanca, el año de 1553. Anduvo la mayor parte de España buscando religiosos observantes y celosos del bien de las almas, para obreros de esta viña del Señor, y siempre a pie, con un pobre hábito de sayal remendado, con que dejaba muy edificados a todos los religiosos de los conventos por donde pasaba. Dio la vuelta a ésta Nueva España el año siguiente de 1554, trayendo consigo treinta y seis religiosos. Pocos años después fue electo en décimo ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio, el cual oficio ejercitó con común aprobación y contento de todos sus súbditos, porque los gobernó, con mucha discreción y madurez. En acabando su oficio fue luego electo en primer obispo de Yucatán; porque aunque primero había sido electo otro de la misma orden, llamado fray Juan de la Puerta, no llegó a su obispado. Aceptó esta dignidad el siervo de Dios, constreñido por la obediencia, y por no haber en aquel obispado otros ministros del evangelio, sino solos religiosos de San Francisco; y por el deseo que tenía de ayudar a los naturales, a los cuales siempre tuvo entrañable afición de verdadero padre, antes de consagrarse se partió otra vez para España, a negocios que se le ofrecieron de su obispado, deseando poner su persona por el remedio de sus ovejas, como buen pastor (como dice Cristo), el cual no repara en morir por guardarlas y defenderlas de las bocas de los hambrientos lobos que las siguen por matarlas; y de España volvió a su obispado, consagrado y con algún remedio acerca de lo que fue a negociar. Al cabo de algunos días, deseando la quietud de su celda, pareciéndole que estaba como pece fuera de las aguas de la religión, y muy inquieto con el oficio pastoral, y también

deseando enterrarse entre los santos religiosos que en esta provincia del Santo Evangelio había conocido, renunció muchas veces el obispado; pero como era conocida la necesidad que en el reino de Yucatán había de la persona de este venerable obispo, nunca se le aceptó su renunciación. Y dado caso que no fue oído en sus ruegos para la dejación que hacía de su oficio, fue oído del Señor en los deseos que siempre tuvo de morir, en esta santa provincia del Santo Evangelio entre los hermanos que en ella había dejado; y así se los cumplió, porque viniendo de Yucatán a Mexico, a algunos negocios, estando aposentado en el convento de San Francisco, acabó el curso de esta vida en él, como a Dios se lo había pedido; porque sabe Dios acudir a los gustos de los que le aman y sirven con fidelidad, rodeando las cosas para este cumplimiento como más ve que conviene. Enterróse en medio de la capilla mayor de la iglesia vieja, y allí yace su cuerpo. Murió en el mes de abril del año de 1571.

Fray Miguel de Torrejoncillo, vino de la provincia de Murcia. Fue muy ejemplar religioso, a todos apacible y grato, y aficionado a los naturales. Aprendió la lengua mexicana y predicó en ella muchos años, sin cansarse, aunque era hombre muy pesado y muy necesitado por sus continuas enfermedades, mas por ellas no aflojaba de su rigor, caminando siempre a pie y haciendo lo demás que por su regla había profesado. Era varón de mucha paciencia y perseverancia en el trabajo de la obra apostólica, siendo (como era) viejo, y tan pesado y enfermo. Mostrábase incansable en oír confesiones y no había más diferencia en él del tiempo de la Cuaresma, al de entre año, porque perpetuamente confesaba todo el día, entre semana y predicaba los domingos. Y en estos santos ejercicios acabó la vida presente y pasó a la eterna, año de 1572, dejando mucho consuelo espiritual a los que le vieron morir, muerte tan bienaventurada como la que murió en el convento de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles, donde yace su cuerpo sepultado y su alma se cre, piadosamente, que está gozando de Dios por haberle servido en la obra de la conversión de estos naturales, con tanta fidelidad y trabajo ordinario que por su amor tuvo, y si servir a Dios es reinar (como dice el Apóstol)¹ también será el premio de su servicio la gloria perdurable, pues la promete a todos aquellos que se precian de ser sus fieles y leales obreros.

Fray Juan de Béjar vino también de la provincia de Murcia, con el comisario general fray Jacobo de Testera, el año de 1542. Fue varón de grande ejemplo y virtud y andaba de continuo lleno de alegría, con que mostraba claro la pureza de su conciencia, y limpieza de su alma y cómo en ella moraba el Espíritu Santo. Consolador porque uno de los indicios ciertos de que mora Dios en un alma, es la alegría exterior con que sus siervos se ocupan en su servicio. Jamás le vio alguno enojado, turbado o impaciente, puesto que algunas veces estuvo tullido. Su mayor regocijo y alegría era tratar del niño Jesús, y de su sagrada madre y de San Joseph, su muy particular devoto, que para él era la plática más frecuente y cotidiana. Y no es maravilla que fuese esta su continua conversación y trato;

¹ 1. Ad Cor. 4.

pues es cierto (como dice Cristo)² que donde el hombre tiene su tesoro allí tiene su corazón, y que si el tesoro de este devoto y tierno religioso era Dios, y su hijo humanado, que en él había de tener puestos los gustos de su corazón, haciendo demostración de ellos en las palabras de su boca;³ pues la abundancia de él se manifiesta por ella, como el mismo Señor⁴ dice en otra parte. Viendo la imagen en que comúnmente se pintan estas tres personas, cantábale al niño y ofrecíale mil regalos, como si lo tuviera vivo en carne, diciéndole con la requebrada esposa:⁵ Mi querido para mí y yo para él, ofreciéndole manojuelos de mirra de lágrimas tiernas, que son con las que descansa un alma enamorada de los requiebros dulces del Señor. Saludaba a la virgen su madre con muchas alabanzas de sus virtudes; y gozábase con San Joseph del altísimo privilegio que Dios le había comunicado, en haberlo hecho padre putativo y ayo de su unigénito hijo y esposo de su madre. Era sobremanera devotísimo de este santo patriarca y encumbraba esta su prerrogativa todas las veces que se le ofrecía materia, con muchas y eficacísimas razones que por la devoción le eran comunicadas. Donde él se hallaba no había de predicar otro en la fiesta de este glorioso santo, y tenía escritos muchos y muy doctos sermones que de él había compuesto. Fue este siervo de Dios la principal causa y medio por la excelencia de su predicación, para que el glorioso San Joseph fuese recibido por patrón de toda esta Nueva España, cuya casa, principalmente en todas, ella es la capilla de su nombre que está en el patio de San Francisco de la ciudad de Mexico. Era tanta la devoción que tenía a la gloriosa virgen Nuestra Señora, que en cada imagen suya que encontraba había de decir la oración del *Ave Maria*, aunque fuese muchas veces en una hora. Siendo (como era) predicador viejo, tenía tanta humildad que en el convento donde moraba servía a sus compañeros en los oficios del refectorio y cocina. Vino a enfermar y estando cercano de la muerte le dijo el médico: Padre, vos sois religioso y siervo de Dios, y así os tengo de decir la verdad. Sabed que tenéis de vida solas dos horas, por tanto aparejaos y poneos bien con Dios; al cual respondió el varón santo: Dios os consuele, señor, que me dáis tan buenas nuevas por la gracia del Señor; no me dicta la conciencia cosa que me dé pena; y así aparejado estoy para cuando sea la voluntad de mi Dios. Dijo esto con tanta alegría de espíritu que el médico no pudo dejar de llorar, viendo la promptitud con que aquel siervo de Dios moría; y, por el contrario, la mucha pesadumbre con que los hombres del mundo acaban. Falleció muy viejo y está enterrado en el convento de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles, donde había sido guardián.

Fray Andrés de Castro vino de la provincia de Burgos, de la cual ciudad era natural y hijo de padres nobles. Desde su niñez fue muy inclinado a la virtud y desprecio de las cosas caducas y mundanas, criado en cristiana disciplina y ejercicio de las letras. Y como cuando el árbol tierno desde

² Math. 6.

³ Math. 12.

⁴ Luc. 6.

⁵ Cant. Canticorum. 2.

sus principios va bien guiado, engruesa con el discurso de el tiempo y se envejece en aquella buena disposición en que fue puesto, así este bendito varón, enseñado en santas y honestas costumbres, prosiguió con ellas hasta la muerte, enderezando todos los actos de su vida en el servicio de el Señor, por cuyo amor despreció todas las que el mundo pudo ofrecerle; y siendo de edad para recibir el hábito de religión, lo recibió en el convento de San Francisco de la misma ciudad de Burgos; y acabado su año de la aprobación y hecho profesión, oyó en aquella provincia su curso de artes y teología; y después fue maestro de novicios en ella, por su ejemplar vida y religiosas costumbres. Y queriendo después aprovechar más en las divinas letras, fue con licencia de su prelado a Salamanca, donde por espacio de cuatro o cinco años, se dio al estudio de la sagrada teología, oyendo segunda vez los cuatro libros de las Sentencias, del doctísimo maestro fray Andrés de Vega, y aprovechándose de la doctrina de los famosos predicadores fray Francisco del Castillo y fray Alonso de Castro, todos tres de la orden de los menores, eminentísimos hombres en letras, y luz de nuestra sagrada religión. Y como la ciudad, situada sobre el monte (como dice Cristo)⁶ no puede ser abscondida y volase la fama, por entonces, de la nueva iglesia, fundada en estas indianas partes por aquellos apostólicos ministros de el evangelio, los frailes menores, que como enseñados de aquel fundador soberano de la celestial Jerusalén la fundamentaron con piedras de humildad y la levantaron de estos humildes cimientos con paredes y muros de riquísimas piedras de virtudes, torreándola y almenándola con la doctrina de el Santo Evangelio, con que tan maravillosamente la hermosearon. Pues como esta fama volase por el mundo, juntamente con la observancia y perfección evangélica en que vivían los primeros fundadores de esta provincia de el Santo Evangelio y el gran fruto que hacían en la conversión de tan innumerables gentes, como las que entonces doctrinaban y bautizaban en esta Nueva España, deseando el siervo de Dios fray Andrés participar de ambos a dos inestimables aprovechamientos, pasó a estas partes el año de 1542, con el padre fray Jacobo de Testera. Aprendió luego la lengua mexicana y después, entrando en el valle de Toluca, aprendió la matlatcinca, que es lengua bien bárbara y dificultosa de aprender, y fue el primero evangelizador de aquella lengua y nación, porque antes de él ningún otro religioso la supo, ni después de él, casi por espacio de veinte años. Compuso en ella (porque otros la aprendiesen) *Arte y vocabulario, Doctrina cristiana y sermones* de todo el año. Y casi todo el tiempo que vivió en esta tierra, que sería poco menos de cuarenta años, se ocupó en la conversión, enseñanza y ministerio de aquellas gentes; y así no se podría contar, con facilidad, el número de los que trajo a la fe, bautizó y confesó, porque era continuo e incansable obrero en la viña de el Señor. Y para plantarla, extirpó muchas idolatrías, supersticiones y vicios que había en la nombrada nación. Su ordinario predicar era tres sermones, en tres lenguas diversas, todos los domingos y fiestas. El primero a los indios mexicanos; el segundo a los matlatcincas; y el tercero a los españoles. Y muchas veces le acaecía, después de este trabajo

⁶ Math. 5.

cantar la misa, y bautizar los niños que eran muchos, y enterrar los muertos que había; y tras esto, contentarse con un jarro de agua fría, y no querer beber vino, con celo de guardar la pobreza, por ser costoso en esta tierra, aunque entonces valía más barato que ahora. Y si por dar un jarro de agua fría al pobre promete Dios la bienaventuranza qué gloria dará al que la bebe, después de tantos trabajos, por darle la de la doctrina evangélica, que es a la que el mismo Dios llama diciendo:⁷ Venid todos los sedientos a las aguas, que sin dinero se dan y son administradas con gracia. ¡Oh!, bienaventurado varón, que alcanzó de Dios tanta que pudo enseñar en lenguas tantas y tan diversas a los que llegaron a comprar sin dinero, poniendo por precio de esta compra los méritos de la pasión de Jesucristo, administrándoles estas aguas evangélicas con tanto trabajo corporal y espiritual como pasaba, pudiéndose decir de este incansable varón lo que Jacob dijo de su hijo Isacar en su profecía:⁸ Jumento fuerte y muy recio para la carga, pues llevaba sobre los hombros de su espíritu y cuerpo el trabajo de tres sermones y misa cantada, y el bautismo de tantos niños y otras cosas que en el ministerio se le ofrecían. Jamás cesaba de oír confesiones, habiendo quien se confesase; y nunca le faltaban, porque él discurría algunas veces entre año por toda aquella provincia (que es bien áspera y frágosa) y los buscaba por montes, cerros y barrancas, y se estaba todo el día (dejado el tiempo en que decía misa, rezaba el oficio divino y comía) quitada la capilla al sol, oyendo confesiones, que otro no lo pudiera sufrir, ni un solo día; y podía decir como la esposa:⁹ No me queráis considerar en el color moreno que tengo, porque es efecto que en mí ha hecho el sol; y es así que andaba curtido y de color trocado por la continuación que tenía de andar al sol, sin atender al daño que le hacía; porque como traía el amor de Dios por amparo, hacíale sombra su santo espíritu para no sentir sus inclemencias y fuerza. Todo el demás tiempo que le restaba de la obra de los indios, ocupaba en la oración mental, en la cual era muy devoto y ferviente, y muy continuo en la lección de las Sagradas Escrituras. Nunca quiso ser guardián, aunque muchas veces se lo rogaron; sólo una vez le compelieron por la obediencia a que lo aceptase y dende a pocos días renunció la guardianía; aunque por sus muchas partes de letras, religión y prudencia fue en veces electo en difinidor de la provincia. Era muy amigo de la quietud de su celda, por lo cual no quería entender en negocios temporales sino solamente en sus ejercicios espirituales. Mas con todo este su recogimiento era afable y amable a todos, así religiosos como seglares, españoles e indios, porque a todos agradaba su santa y apacible conversación, y de todo fue siempre tenido por varón santo. Muchas veces intentó de dejar aquella gente matlatcinca y morar entre mexicanos porque como era solo en tratar con ellos, y ellos eran gente bárbara, entonces teníanlo ya cansado y harto con sus cosas. Y así les solía decir que no había de volver a ellos hasta que se enmendasen de algunos vicios de que les repre-

⁷ Ioan. 7.

⁸ Genes. 49.

⁹ Cant. Canticorum. 1.

hendía algunas veces. Pero en tomando el camino para salirse de entre ellos luego le salían al encuentro hombres, mujeres y niños, y unos se le ponían delante, como por muro, otros se abrazaban con él y hacían grandes llantos, y al cabo le tomaban en peso y lo volvían al monasterio, y con esto se quedaba. Y con todo esto pasaba porque sabía que dice San Pablo¹⁰ que era deudor a los griegos, y a los bárbaros, a los sabios y hombres que poco saben; y consideraba que en doctrinar a éstos ganaba corona de mayor merecimiento. Porque así como el sano (como dice Cristo)¹¹ no tiene necesidad de médico, sino el enfermo, así también el hombre docto y leído no tiene necesidad de doctrina, sino el ignorante y simple. Era muy pesado de carnes y corpulento, y de muy delgadas piernas, y por tenerlas flacas y delgadas le causó aquella corpulencia, a la vejez, hinchazón de los pies, y tal enfermedad de ellos que no podía andar. Mas con todo eso no dejó, hasta la muerte, sus acostumbrados ejercicios y trabajos del apostolado, haciéndose llevar a caballo mientras pudo andar en él; y cuando más no podía (por importunación de los mismos indios) se dejaba llevar en andas, de pueblo en pueblo, no perdonando trabajo ninguno, a fin de hacer caridad al prójimo, diciendo con San Pablo, cuando habló con los varones de Éfeso:¹² No estimo la vida corporal en orden de mi provecho en tanto que me la conserva Dios y yo acabo con el curso de ella y con el ministerio de el Evangelio que me fue entregado por Jesucristo, mi señor. Fue observantísimo en su profesión y celador de ella, pobre y de mucha abstinencia. Su comer ordinario era sola una vez al día, salvo cuando por la obediencia o caridad, siendo llamado, cenaba alguna poca cosa. Acabó bienaventuradamente en santa vejez, en el convento de Toluca, año de 1577, y está allí sepultado.

CAPÍTULO LXVI. *De algunos otros religiosos señalados en santidad de aquestos tiempos*



RAY JUAN OSORIO FUE EN EL SIGLO caballero principal de Ocaña, en el reino de Toledo. Vino a esta Nueva España en compañía del virrey don Antonio de Mendoza, de quien fue respetado y tenido en mucha estima; porque era fray Juan (aun en el hábito seglar en que estaba) hombre de mucho punto y gravedad en todas sus cosas. Ofreciósele un negocio con que volvió a España; y despachado en corte, por el emperador, para tornar segunda vez a la Nueva España, halló en Sevilla muchos religiosos, grandes siervos de Dios, que traía en su compañía fray Jacobo de Testera, volviendo del capitulo general de Mantua, entre los cuales venían

¹⁰ Ad Rom. 1.

¹¹ Luc. 5.

¹² Ac. Apost. 20.